

CASTRO Y LOS INTELECTUALES Debate en Europa sobre el último dirigente revolucionario

Fieles e infieles a la revolución

José Agustín Goytisolo

Al escribir sobre Cuba y sus intelectuales y artistas conviene matizar, hilar un poco fino. No se trata de que existan sólo dos grandes grupos de escritores, los fieles a la revolución, que permanecen en la isla, y los anticastristas, en el exilio. El panorama es más amplio, más complejo, y ofrece diversos matices que trataré de resumir.

Entre los escritores que permanecen en Cuba los hay de muy diversos tipos. Unos son incondicionales de cualquier clase de política, incluida la política cultural, que emana desde lo alto, aunque varíe a saltos y de giros de 180 grados: suelen ser cuadros o cuadritos del Partido Comunista, los menos creativos y los que poco o nada han hecho por elevar el nivel cultural del país.

Están luego los listillos, los oportunistas, los que nunca se comprometen del todo con nadie ni con nada, los que vetean los cambios o giros antes de que se produzcan a fin de estar siempre ocupando lugares de privilegio; aman la revolución, pero empezando por ellos mismos, y en general no son tan catastróficos como los anteriores, pero tampoco brillantes, y pocos pasarán a la historia de la literatura cubana y a los manuales en el futuro.

Siguen a éstos los que creen en las esencias originales de la revolución, pero que no están de acuerdo, desde hace muchísimos años unos y posteriormente otros, con la aplicación de los principios revolucionarios, en especial con el control del Partido Comunista sobre la política cultural, o con los contradictorios cambios de rumbo ensayados; muchos de los de este grupo han sufrido en su piel y en su alma más de lo que cabe imaginar: acusaciones falsas, interrogatorios, pérdida de sus puestos de trabajo o pasarse años sin poder publicar ni un libro o colaborar en una revista; entre 1970 y 1982 sufrieron un exilio interior impuesto, y fueron reivindicados al ceder la ola del dogmatismo cultural; no recibieron igual trato todos ellos, sino en función de su fortaleza moral y de integridad intelectual: a menos, más.

Ypodría cerrarse este esquemático abanico recordando a los que se aislaron en su isla y en su casa, de los que creyeron y aún creen, como los del grupo anterior, en algunos logros incuestionables de la revolución (educación, sanidad, erradicación de la miseria...); estos aislados voluntariamente han preferido no figurar, no medrar, sino simplemente escribir, realizar su obra.

Entre los dos últimos grupos citados está lo mejor que existe en el plano intelectual en el interior de Cuba, y de estos creadores debiera sentirse orgullosa la revolución. Siempre que pude les apoyé, dentro y fuera de la isla, y eso me costó seguirles en su ostracismo: doce años sin ir a la tierra de mis antepasados; pero pasó la larga marcha del dogmatismo cultural y volví a Cuba a abrazarles y, a veces,



muchas veces, traerlos a ellos en persona, de uno en uno, a pares, y una vez formando un increíble quinteto. Mi casa es la suya. Y luego de dar en España conferencias, coloquios y recitales, todos, todos, volvieron a la isla, a su campo de batalla intelectual.

En cuanto a los intelectuales que abandonaron la isla, el escaparate es también muy variado. Resumo como puedo y sé.

La gente mayor, los que tenían más de cuarenta años y que no estaban de acuerdo ni con la revolución ni con el marxismo-leninismo, se fueron pronto: no jugaron al anticastrismo, sino que se consiguieron cátedras y puestos de trabajo de tipo cultural, principalmente en EE UU, y allí vivieron, y alguno aún vive, con la familia.

Llegan después los primeros desechados, los desengaños de la revolución, los que en un principio tuvieron situaciones de cierto privilegio, ya sea como directores o redactores de periódicos, suplementos literarios y, eventualmente, de pintura o responsables de empresas culturales o exposiciones de artes plásticas; varios de ellos eran amigos personales de Fidel Castro, e incluso hubo quien estuvo con él desde Sierra Maestra; algunos de ellos son de indiscutible valía, pero hay que destacar, de un modo especialísimo, la espléndida obra literaria de Guillermo Cabrera Infante, el mejor, con mucho, de todos los escritores cubanos de la diáspora.

Aparece luego la segunda oleada de los desengaños, de los preteridos; unos anhelaban puestos de mayor empaque, tener más poder, literario o político, y toparon con el Ministerio de Cultura, nada culto por entonces, y con la Seguridad del Estado, también algo insegura; el Partido Comunista aulló contra ellos, y uno de los que incurrieron en anatema organizó, luego de ser detenido y liberado, un Cristo muy notable haciendo públicamente su autocritica, y de paso la «autocrítica» que les hizo a sus mejores amigos, y en este grupo entran escritores que parecían tenerlo todo, prestigio incluido, pero que no estaban de acuerdo con muchas cosas, y adiós muy buenas: Desnoes,

Leante, Triana o Benítez, por ejemplo; los tres primeros, de obra notable, pero muy por detrás de la calidad y la finura de Guillermo Cabrera Infante.

Y, por fin, un montón informe de poetastros, de pésimos narradores y de periodistas panfletarios, todos ellos de menos de cuarenta años, a los que su afán anticastrista les nubla la visión y hace que no acierten casi nunca en sus análisis sobre la situación cultural y política de la isla, que no saben olfatear el futuro porque confunden el deseo con la realidad cuando escriben sobre su país natal.

¿Y cuál es el futuro político de Cuba? Cada quien piensa lo que cree, y yo también. Fidel Castro, a diferencia de lo que ha hecho Gorbachov, se aseguró desde el primer momento un férreo control del colectivo que más le interesa: las Fuerzas Armadas, y ese control es ahora total, el ejército cubano es el más poderoso en número de hombres y en potencial de fuego de toda Iberoamérica: sólo una pequeña parte, menos del 10 por 100 de sus efectivos totales, sirvió para detener, en Angola, a Jonas Savimbi, que contaba con la ayuda de Suráfrica y de EE UU, y le permitió sentarse en una mesa con norteamericanos, sudafricanos y angoleños y negociar la independencia de Namibia; el cielo y las costas de Cuba son como la red de una inmensa araña de picadura mortal que disuade a cualquier invasor, que no permite la más mínima «contra», y esa fuerza le interesa más a Castro que la homogeneidad del Partido Comunista, sin poder real ninguno y al que maneja como le conviene; no hace falta que tome medidas drásticas con sus militares como las tomó con un general y otros tres altos cargos del ejército muy recientemente, dice que por asuntos de tráfico de drogas; si se quiere variar el rumbo político en Cuba los culpables serán, por ejemplo, los ineptos comités de defensa de la revolución, o multitud de cuadros corrompidos del Partido Comunista — todo saldrá — que serán, y yo creo que ya lo están empezando a ser, batallones de chivos expiatorios de casi todos los males y del caos y pésima gestión del país, cosa que también creo a pies juntillas.

La victoria de Violeta Chamorro, o mejor la derrota de Ortega en las urnas de Nicaragua, consolida y refuerza la nueva política que va a emprender Fidel Castro: desde un país inexpugnable, con un poder militar fuerte y en el que se ha aplicado una limpieza o «cubatróika», esperar el momento de entrar en conversaciones con los Estados Unidos para romper el bloqueo y salvar la economía de Cuba. Los yanquis son pragmáticos, y no es, por supuesto, la primera vez que pactan con regímenes fuertes, estable: la República Popular China, por ejemplo.

Comprendan: me gustaría ir a Cuba ahora mismo.